

POESÍA CANARIA: DIEZ AÑOS ANTES

A principios de 1968, un "Anuario de la Poesía Española" que se editaba en Valencia me pidió que hiciera una reseña de los sucesos más importantes que habían caracterizado a la poesía canaria en los dos años anteriores, con objeto de incluirla en su próxima publicación. Escribí entonces este trabajo; pero ignoro por qué causas el "Anuario..." dejó de publicarse, y el artículo quedó inédito.

Ahora, justo diez años después de la época reseñada, me ha parecido interesante exhumarlo. La aproximación que el lector podrá hacer al artículo participará, sin duda, de la curiosidad arqueológica y de la nostalgia levemente punzante. Podrá comparar la actividad poética que en aquel tiempo —justo hace diez años— se desarrollaba en la isla con la que existe hoy. Echaré en falta el ritmo febril que imponían a la vida literaria los poetas y sus obras; y también el abandono de no pocos (alguno irrecuperable ya).

Eran, desde luego, tiempos distintos. Más propicios a la poesía (o al menos al ejercicio público de ella). Hoy son escritores vocingleros los que reclaman la atención. Pensemos, no obstante, que el río no está extinguido, sino simplemente oculto.

En las islas Canarias se publica mucho libro de verso. No he visto estadística —a lo mejor existe—; pero debe de ser una de las provincias españolas donde más se publica. Ediciones parcas, que no se difunden más allá del grupo de amigos; hechas, casi siempre, por el autor mismo del libro. La poesía canaria —su mayor parte— es poesía para andar por casa: no resiste la intemperie, el aire España. Pesa el provincianismo. Pero también es cierto: otros poetas de la ínsula atlántica y otros libros merecen atención mayor que la que han recibido de la crítica nacional. Porque no hay duda: en la poesía española se (auto) parte y (auto) reparte la mejor tajada (de qué: gloria, dinero? Vanidad, eso creo) entre los integrantes de la capilla: amigos, parientes del difunto. Los poetas canarios, lejos, a contrapelo, se agarran de las estrellas, ponen el grito en el cielo y se dan el batacazo: nada. Por eso agradezco a José Albi la ocasión de hablar de ellos. Lo haré con brevedad y mejor intención.

1966 y 1967 no fueron años malos. Se publicó, como casi siempre, mucho. Y no todo quedó en casa, por fortuna. Una antología, realizada por el que suscribe, en colaboración con Eugenio Padorno, **Poesía Canaria última** (1966), pasó en tres cuartas partes a engrosar otra antología,

ésta nacional. (Martín Pardo: **Antología de la joven poesía española**). Es elocuente, el hecho. Baltasar Espinosa, Antonio García Ysabal, L. S. Eugenio Padorno, José Luis Pernas y Jorge Rodríguez Padrón, poetas muy diferentes y en muy diversa etapa de madurez, forman el núcleo más compacto del libro de Pardo. No digo que sean los mejores —sería mucho decir. Su alianza geográfica los hace destacar del conjunto.

Poesía Unánime (1967): obra también antológica. Resume los veinte y pico años que Agustín Millares lleva ejercitando su oficio de poeta. El resultado, desigual. Aunque breve (35 poemas), hay en el libro desniveles, tropiezos. De los primeros cuadernos publicados por Agustín más valía no haber ofrecido nada. Su servidumbre ahí a Hernández y a Lorca es obsesiva; esto, y cierta desmaña en su escritura, los hacen inoperantes, aún como antecedente. Con **La estrella y el corazón** (1949) la cosa cambia. Millares es ya el poeta maduro, dominador de un estilo peculiar a golpe de frase hecha (sentenciosa, callejera) aunque el verso en ocasiones esté pensado para leer con ademán castelarino. Sus canciones últimas (—¿Qué es lo que buscas, amigo./ con los ojos en la mar?/ Caminos libres, amigo/ donde poder caminar.) tienen agilidad, gracia, intención. Prologa **Poesía unánime** Isidro Miranda Millares: discurso familiar, justificativo, correcto. No he leído ningún comentario a este libro, fuera de los publicados en las islas, sin interés.

Existen, en Canarias, varias colecciones de poesía. De éstas, sólo **Tagoro** ha mantenido cierta regularidad. En el bienio que comentamos, publicó: **La canción necesaria**, de Juan Jiménez; **La piedra y el recuerdo**, de Fernando Ramírez; **Afirmación y acercamiento de mi isla**, de Manuel González Barrera; **La soledad y el amor**, de Antonio García Ysabal, y otros libros de autores foráneos y que por tal no vienen al caso.

Jiménez es el poeta más indígena. Es decir: aquel que está con su obra —y seguramente con su corazón— más cerca de los hombres y las cosas de la isla. Su verso es puro campo: huele a ron, a tomatero, a sudor de zafra, a sumisión. (Pan de la vida, qué triste/ vienes por el horno afuera...) Su lenguaje es vallejiano por afinidad; podría haber sido lo mismo de no existir Vallejo. También González Barrera hace obra de isla, de aislamiento, de soledad. Su postura es menos natural que la de Jiménez, más aprendida y menos vivida. Barrera escribe un verso ingenuo y débil. En sus poemas últimos, **Acotaciones**, **Sur**, parece haber superado su etapa blanda. Son éstos poemas de garra, viriles, de buen decir. **La piedra y el recuerdo**, de Ramírez, es libro caótico donde hay hallazgos expresivos y caídas lamentables. En líneas generales, la suya es poesía sencilla, elemental, con alguna retórica vieja. Su evocación de los aborígenes canarios lo emparenta con poetas de la Escuela de La Laguna, allá por el año 1870. Otros poemas, sin embargo, transpiran cotidianidad, saludable frescura y escasa pretensión: son sus mejores aciertos: **Carta de Cuba** o **El primer amigo**. García Ysabal no quiere oír hablar de su libro **La soledad y el amor**. Recoge en él algunos sonetos de su libro primero **Desnuda palabra** (1962) y los inéditos no dicen nada nuevo. Otros poemas publicados posteriormente (**Poesía Canaria última**) alumbran más la personalidad de Ysabal y también su futuro.

En 1964, Luis Feria obtiene el Premio de Poesía Juan Boscán. El libro, **Fábulas de Octubre**, es publicado con toda diligencia: aparece en 1966, y recibido con unánime silencio de crítica. (¿Se va comprobando lo que decía al principio?) **Fábulas de Octubre** es un libro lírico, sin excesos. Feria ha superado ciertas efusiones presentes en **Conciencia** (1962). No sólo la materia tiene en **Fábulas...** una sustancia más densa: también el vocabulario aparece depurado de adjetivaciones poco precisas; es más realista sin que mengüe por ello su eficacia estética. La belleza es aquí más sobria que en **Conciencia**. El libro rememora vivencias infantiles y adolescentes, vistas volver desde un presente escéptico. Los personajes que llenan aquel mundo los evoca el poeta con un aire de pureza absoluta:

**Al hogar y a la mesa se sentaban
Jacinto, el hermanastro del cardón,
la afamada Felipa, postinera del puerto,
Candelario el Pardillo, Silvestre el de los tragos,
con Froilán y María Montaña. Cada uno
en su hatillo traía
su verdad y sus fábulas...**

De otra índole son las reminiscencias de **Salón "La Taurina"**, poema de los más hermosos del libro. Estos recuerdos, violentos, con llamada de vino y reinas destronadas, contrapuntean la idílica ingenuidad del retablo campesino. **Fábulas de Octubre** es uno de los libros más raros y preciosos publicado por poeta español en estos años. Lo abandono con sentimiento.

Feria nació en Tenerife, en 1927. De la misma isla es otro poeta: Carlos Pinto Grote. Entre ambos no existe más afinidad que esta, llamémosla patria. Pinto es un escritor fácil, y esto no sólo quiere decir abundante: también descuidado. Su idioma es excesivamente funcional. Se agota en sí mismo. Sus temas son trascendentes, no la forma de tratarlos. En el período que comentamos ha publicado dos libros: **En este gran vacío** (1.966) y **Sin alba ni crepúsculo** (1.967). Carlo Pinto Trujillo, apunta en **Desde el silencio** (1.967) ciertas cualidades no manifestadas en la obra de su padre: rigor y mesura. El libro debe alguno de sus más notables poemas (**Aula de Química**, por ejemplo) a influencia de Sahagún. La ingenuidad adolescente y un precoz intelectualismo asemeja a ambos poetas. Intelectual es también la poesía de Alfonso O'Shanahan (**Elegía y testimonio**, 1.967). Pero más densa, menos infantil que la de Pinto. Cierta torpeza del poeta lo hace oscuro. Cuando divaga, dejándose llevar por la sugestión de la palabra, el poema convence más: **Boite en el Sur**, tan próximo atmosféricamente a **Let's have a party...!** de Manuel Padorno. En línea decadente con respecto a su libro anterior hay que situar **En el tiempo que falta de aquí al día** (1.967) de Arturo Maccanti. **El corazón en el tiempo** (1.963) anunciaba un poeta vigoroso de pensamiento y expresión sobria. Ambas cualidades están muy atenuadas en su nuevo libro. Alguna veta de sentimentalismo difícilmente visible en **El corazón...** ha invadido **En el tiempo que falta de aquí al día**, cavando el poema hasta convertirlo en un organismo deshuesado. Falta vigor, aunque no autenticidad, a la poesía de Maccanti.

Julio Tovar no nació, pero vivió en Tenerife. Allí murió en 1965. **Desvelada soledad** (1966) agrupa poemas publicados en revistas con otros inéditos. El libro es una continuación de **Hombre solo** (1962). Poesía existencial, inquiridora, desolada, desbordada por la emoción. Sin metáfora, pura narración en primera o segunda persona. (¡tú puedes seguir con todas tus palabras, / paz, amor, esperanza; / es inútil, ya nadie las escucha.) Cierta autocompasión, quizá impotencia de sus inútiles interrogantes a Dios o al vacío: uno u otro, lo mismo. Tovar no concluyó su libro. Nunca fue un estilista, cierto. La misma índole de su poesía se lo vedaba. Pero en **Desvelada soledad** hay algunos excesos: poemas falto de la limpieza final.

Fiándonos de la fecha, y no hay por qué dudar, los **Sonetos andariegos** (1967) de Manuel González Sosa fueron escritos entre 1945 y 1963. Comienzan bajo el signo garcilacista; concluyen cuando el apogeo de la poesía social. Las dos novedades influyen en González Sosa. La gratuidad de sus versos no es mucha, sin embargo. Hay en ellos fuerza y sentimiento unamuniano, aunque la maquetería soneteril lo estropee un poco. Peculiar del poeta es el uso de ciertos vocablos de curso legal, pero de poca circulación. En el otro extremo del lenguaje está Angel Sánchez: prosaico, vulgar, con una fuerza de contagio automática. **29 Poemas** (1967) su primer libro es una "constancia de la realidad" en la que todo está por hacer, o deshacer: odio, guerra, muerte, enajenación, libertad. O algo más simple: Roque, el marinero, al que "un mal día se le acabó la pesca / en el mejor sentido / se astilló la barca / y en la oficina le dieron / unos pocos duros". La poesía de Angel es poesía solidaria, vital, sin punto ni comas, pero con puntos y comas colocados donde el poeta cree que deben estar. Tiene fe, la poesía de Angel Sánchez.

Pedro Perdomo Acedo está lejos de González Sosa; lejísimos de Angel Sánchez. Pedro Perdomo está donde el ultraísmo, elaborando metáforas. **Oda a Lanzarote** (1966) es un juego (serio) de barroquismo especulativo, lenguaje tenso, insólito, difícil. La Biblia nutre la simbología del poema. Más que con Lanzarote, es un diálogo con Dios el que sostiene el poeta. Emilio Sánchez Ortiz es un buen narrador. Como poeta, no tanto. **Escapar de este silencio** (1966) y **Abierta memoria dolorida** (1967) se informan del mundo metafórico de Lorca y del nihilismo cotidiano de Tovar. La simbiosis no resulta.

En las islas no menudean las revistas, ahora. A pesar de los abundantes precedentes. Una hay: **Gánigo**, que edita el Círculo de Bellas Artes de Tenerife. Está hecha malamente, sin rigor. Se publica de todo: malo, mucho; y bueno, poco. Lo bueno suele ser refritos de libros que llegan a la redacción; lo malo, lo inédito. Hay excepciones: los poemas de Pedro García Cabrera, por ejemplo. Los de Gutiérrez Albelo insisten en su temática joco-floralesca, que diría el irritante e irritable Don Miguel. Los periódicos dedican una página semanal a la literatura. De estas páginas, sólo **Cartel**, editada por el **Diario de Las Palmas**, y, a veces, **Gaceta semanal de las artes**, que saca **La Tarde**, de Tenerife, tienen calidad e interés. Las otras son excesivamente provincianas, atentas al versito dulzón y a la crónica elogiosa. En **Cartel** han aparecido algunos poemas importantes

en la evolución de la poesía canaria: los de Ventura Doreste. Doreste no publicaba desde 1.949. El ensayo parecía haberle hecho olvidar la poesía. Sólo aparentemente. Reflexionaba, en realidad. Replanteaba intenciones, alcances. Sus poemas sorprenden por el equilibrio, lúcido, entre eso que llamamos fondo y forma. Lenguaje terso, claro. No falta, ni sobra, palabra. Una ejecución eminentemente intelectual, originada por vivencias personales: la isla, la infancia, la muerte, los viajes. Mármol, la primera; estío, la segunda. "Miembros de mármol con sabor de estío". Otro poeta que en este bienio sólo ha publicado en revista (en **Cartel**, principalmente) es Manuel Padorno. También sus poemas son consecuencia de replanteamiento. Parecen volver, salvando distancias, al tiempo de su **Antología inédita** (1959). **A la sombra del mar** (1962) rompió aquel ámbito primero: menos preocupado humanamente, más atento a la belleza de las cosas per se con independencia del hombre que las puebla. Sin abdicar de las conquistas expresivas de **A la sombra del mar** Padorno ha puesto ahora su arte no al servicio de una **causa**, sí al de una solidaria interpretación del tiempo y el destino del hombre y su significación en nuestra patria. (Pienso en poemas como **El Bufón, Garcilaso, Giner de los Ríos**). La reunión de estos poemas en libro nos dará medida de su trascendencia. Baltasar Espinosa anticipa en **Cuadernos Hispanoamericanos** (1967) algunas muestras de **Los días**, libro que publicaría al año siguiente. Es la de Baltasar poesía esquemática, directa, con palabra de valor funcional, dinámico; el acontecer diario es tema de reflexión, a veces instrospectiva, a veces comunal. Espinosa respira clima no alienado por la obsesión realista. El suyo es un vasto mundo de dialéctica amorosa (el corazón / su arma / única) prematura decepción e idílica infancia, ese tiempo de anciana fe. Espinosa, con Jiménez e Ysabal, ambos, pueden ser buen futuro para la poesía nuestra de la sislas. **Aire y humo**, separata de la revista familiar **Millares** recoge cinco poemas de José María Millares. No parecen, los poemas, ser de hechura reciente. La comética cola de las **Odas elementales** nerudianas ha pasado por ellos, la forma incluso. Millares versifica con agilidad; sus imágenes son sugerentes. Tiende a la futilidad, pero se contiene **Desierta espera** (1966), de Pinto de la Rosa. **Niño sin alas** (1966), de Chano Sosa, y **¡Atis Tirma!** de José Quintana S. son libros sin ningún interés. Me limito a dejar constancia de que fueron publicados. Dejo, también, constancia de la existencia de otro libro: **El hilo no tiene fin** (1966). Mas, siendo su autor y yo una sola persona, no parece pertinente el comentario.

Y esto es todo. Si hay más, no lo conozco.

LAZARO SANTANA

Las Palmas, 30 enero 1968